

El hechizo de Córdoba

Por Luis FERNANDEZ ARDAVIN

Hace falta un poeta cordobés. Poetas de Córdoba ha habido muchos. Poetas que la canten con transcendencia universal uno solo: Julio Romero. Pero no empleaba el verso, sino el color. Detrás de sus mujeres pensativas—alma y símbolo de una Andalucía melancólica—aparecen, siempre, los fondos urbanos, con pequeñas escenas populares, que son minúsculos poemas llenos de una atractiva ingenuidad; la mocita celosa que, tras el monumento central de una plazuela, espía al traicionero galán—capa oscura con embozos granate—en cita con otra mujer asomada al balcón de la torre; los tres caballistas que, en un alarde emulatorio, hacen caracolear sus jacas junto a la estatua ecuestre del Gran Capitán; el Guadalquivir, peinándose la mata de pelo, plateada y azul, con las dieciseis púas de sus arcos de piedra.

Tal vez lo más bello de Córdoba sea la luz de estos atardeceres, diluídos en malvas y violetas, que Julio Romero captó para sus cuadros con modo prodigioso. Seduce el hechizo de esta ciudad musulmana por lo que tiene de ensueño poemático.

*
* *

Su misticismo italianizante nos lleva a pensar, no en la Santa de Avila, hecha a parvedades castellanas, sino en el Pobrecito de Asís y en los paisajes de la Porciúncula. Desde lo alto de las ermitas cordobesas, imaginamos los verdes amenos valles de la Umbría. Y la misma plazuela del Potro, ¿qué es sino uno de los más bellos rincones de Perusa o Florencia? No he visto fuente que supere, en sentido popular, a la de este gentilísimo caballo, braceando en el aire eternamente. Mantua o Venecia, Módena o Verona, no aventajarán, con las suyas, la perfección de esta placeta, donde hay una fuente y un palacio, una posada y unas callejuelas. Recordemos que la planta romana de su puente sillar nos habla de los Escipiones, y en esto, acaso, estriba el, para mí, visible italianismo cordobés.

*
* *

Hace falta un poeta cordobés que recoja y lleve por el mundo entero el verdadero sentido de esta ciudad, en nada ni por nada intrascendente o frívola.

Mirándose en el río, se pone seria para cantar su copla. Sabe que allá, en lo alto de la sierra, hay trece viejos ermitaños con un cráneo desnudo entre las manos. Sabe que es la menos ruidosa pero, acaso, la más andaluza de la Bética. Toreando, la más reposada, la más aplomada y señoril, la más dueña y dominadora del bruto. Amando, la más apasionada, concentrada y celosa. Sabe que sus mujeres, todas ternura y fineza, las más sensitivas, las más dulces y leales. Lágrima en el beso y beso en la lágrima. Carne morena, como el bronce de la serranía, y pupilas ardientes, llenas de lejanías y crepúsculos. Aquí se escribieron los romances de Góngora, que eran coplillas populares. Aquí se plasmaron los torsos de Inurria, que eran caderas de guitarra. ¿Qué más? Aquí planeó Abderramán sus conquistas. De aquí partieron, río arriba los galopantes ejércitos del inexorable Almanzor.

Nudo y corazón de uno de los imperios más poderosos, le queda la nostalgia de su pasado inagotable. Pero tiene conciencia de que todos los poderíos se vinieron abajo y no alardea del que tuvo ni llora por el que ya no tiene. El orgullo es su más alto blasón.

Cuando suenan las campanas de Córdoba, Andalucía se licúa en los cielos, como la verde gota de la menta se diluye en el agua de una copa. Julio Romero recogió su finura. Hace falta un poeta que la cante.

